

EL COLECTIVISMO Y LAS REFORMAS SOCIALES



Conferencia dada en la noche del 15 de Enero de 1903 por

D. Pablo de Alzola y Minondo

en el Instituto Bizcaíno ante la Federación de Sociedades Obreras

de Bilbao

I

Introducción

Señores: Invitado por la comisión organizadora de estas conferencias para dirigiros la palabra, se hubiera atribuído quizás á descortesía la excusa de ocupar esta tribuna, cuando no había escatimado el concurso de mis modestos conocimientos á los Centros y Sociedades de Bilbao y de otras ciudades que lo han reclamado con repetición. Yo no sé negarme á estas manifestaciones de la cultura española, por lo mismo que la encuentro deficiente, entendiendo que las clases directoras de un país, formadas por las personas que han ejercido altos cargos públicos y las que desciuelan por su posición social, tienen el deber de imponerse los sacrificios inherentes á su jerarquía, consagrándose con soleritud en la medida de sus fuerzas á cooperar al bien público.

No puedo menos de aplaudir el ejemplo que dais, acudiendo, después de vuestras rudas faenas, con tanta puntualidad á escuchar estas conferencias, en vez de dedicaros al descanso ó á los esparcimientos suaves en las veladas de invierno, y doy las gracias más sinceras al

elocuente orador Dr. Ledo y al presidente Sr. Nájera por las frases lisonjeras é inmerecidas que me han dedicado.

Quizá cause alguna extrañeza, dado el estado de antagonismo de clases, más ó menos ostensible, que venga á disertar en este salón un consejero de la fábrica más importante del país, porque nos movemos dentro de círculos estrechos, en los que cada individuo solo se roza y escucha á los afiliados del mismo grupo. Lo considero como un mal muy grande y creo, por el contrario, que para formar un juicio cabal de los asuntos que más os interesan, debéis buscar el contraste de opiniones distintas y aun contrarias, como hacen los magistrados y los jurados antes de emitir sus fallos en los tribunales.

Os honra mucho el haber abierto una tribuna libre, sin limitación alguna en la elección de temas, ni prejuicio respecto de las personas invitadas para ocupar este puesto, lo cual revela elevación de miras y un espíritu de tolerancia, que es base esencial de progreso. El partido obrero vizcaíno ha demostrado en su actitud de resuelta oposición á las doctrinas subversivas de otras agrupaciones, una tendencia marcada a proseguir su propaganda dentro de las vías legales, y yo celebraría que de las conferencias del Instituto resultase alguna nueva orientación que limara asperezas y preparase la evolución del socialismo español, abandonando de una vez las quimeras de ciertas aspiraciones para seguir los derroteros más prácticos de los trabajadores anglo-sajones en busca del mejoramiento de vuestra condición social.

Mas he de advertiros con toda claridad, que yo soy un hombre sincero, ajeno por completo á las artes de la adulación, que no la he usado en favor de los poderosos ni de las clases populares, siendo preferible á mi entender, hablar á los unos y a los otros con el corazón en la mano el lenguaje de la verdad. Tampoco me gusta el género declamatorio que priva á la oratoria española de despiadada y demoledora crítica negativa, sino que al lado del ataque debe proponerse el remedio práctico. Siguiendo el camino contrario se fomenta el espíritu de discordia y el pesimismo nacional, y después de un siglo que ha atravesado España condenada á las turbulencias y revueltas políticas, es hora de que se encaucen sus energías por los derroteros de la armonía y paz social, absolutamente necesarios si ha de recuperar el tiempo perdido.

Ya conocéis el tema de mi conferencia: «El colectivismo y las reformas sociales». Ambos puntos aparecen mezclados y comprendidos

en algunos programas socialistas y, sin embargo, media un abismo entre ellos.

Me propongo demostraros que no existe la propaganda del colectivismo en las dos naciones más prósperas é industrielas del mundo, hallándose muy quebrantada aun en los países de origen latino, por el convencimiento de que tales principios, aun cuando fueran viables, originarían una miseria mucho mayor que la actual.

Y no es solo una opinión personal mía, sino que la evolución se acentúa en todas partes. Así lo reconoce D. José Canalejas que, como sabéis, presentó á las últimas Cortes el proyecto de *Instituto del Trabajo*, que ha dado origen al hermoso libro de los Sres. Buylla, Posada y Morote. En el extenso prólogo, debido al ex-ministro de Agricultura, se afirma lo siguiente:

«Es un hecho que el socialismo evoluciona ganando influencia sobre los Parlamentos y Gobiernos: en los Congresos socialistas se han hallado en minoría los revolucionarios, el número de los admiradores de Bakunio, el apostol del *nihil*, va disminuyendo. Los socialistas cambiando de táctica, prefieren intervenir en las luchas parlamentarias á condenarse, como antes, al aislamiento. En Francia esquivan las enseñanzas de Guesde, aceptando las doctrinas de Jaurés, que se encuentra dentro de la legalidad republicana; los socialistas ingleses están alejados de las violencias, incluso de lenguaje, de los de otros países; en los Estados Unidos demuestran las organizaciones obreras cada vez mayor disciplina y forman un partido legal, y desde el Congreso de Halle ha reconocido el socialismo alemán la inoportunidad de las agitaciones revolucionarias.»

Todos los hombres bien intencionados, que sentimos hondo y pensamos alto, nos hallamos dispuestos á cooperar á las reformas sociales que han de contribuir dentro de lo posible, dado el atraso y la pobreza general de España, á labrar vuestro bienestar, que es factor esencial del progreso nacional. En esto no hacemos sino seguir las huellas de Guillermo I y de su gran estadista Bismark, que sin desvanecerse por sus victorias, ni por la coronación como Emperador de Alemenia, realizada en Versalles, se apresuraron á dictar las leyes sociales para garantizar el sosiego público, como medidas de tutela de los Estados constituidos sobre las bases morales de una vida cristiana.

A su vez, los fabricantes de las naciones prósperas, como la Unión Americana, cuidan con solicitud de lo que llaman la *máquina huma-*

na, porque si los inventos industriales exigen la renovación periódica de todos los útiles instalados en los talleres, con mayor razón se debe procurar formar un plantel de aprendices inteligentes y cuidar del personal obrero para que reuna condiciones de salubridad, vigor, energía y esa satisfacción interior á que se refieren las ordenanzas del ejército, absolutamente necesaria en todas las colectividades humanas para lograr el fruto máximo del trabajo en beneficio, tanto del capital, como de la mano de obra. A este mismo fin dedican los millonarios americanos y algunos europeos, como Krupp, donativos espléndidos para proporcionar decoroso retiro á los operarios en el ocaso de su vida é instalar toda clase de escuelas, museos y bibliotecas, que eleven el nivel intelectual en aquellos países prósperos.

Hay, por tanto, actualmente, buenos ejemplos y corrientes favorables para la resolución del problema social, uniéndose á los anhelos de los gobernantes y al buen deseo de no pocos capitalistas las encíclicas del Papa, que si han defendido el derecho de propiedad y el de la herencia, recomiendan la agremiación de los obreros, el justo salario independiente de la ley de la oferta y la demanda y el ejercicio de la caridad, anatematizando, en cambio, el afán de lucro, por lo cual la *Rerum novarum* fué calificada de socialista por los economistas de la escuela clásica.

El partido conservador español, al cual me honro en pertenecer, dictó en su periodo de mando anterior varias leyes sociales perfectamente acogidas por el personal obrero, y creo reconoceréis que el gobierno presidido por el Sr. Silvela ha sido hasta ahora el más fecundo en este género de medidas. No prosperó el proyecto de ley formulado por el Sr. Canalejas; pero ha declarado el nuevo Gabinete que trata de realizar aquel plan y de proseguir su campaña de reformas sociales, según acuerdo reciente tomado en Consejo de Ministros.

Entiendo, sin embargo, que no se debe esperar solo de los poderes públicos este linaje de mejoras, que en gran parte dependen de los dos factores que intervienen en la producción: del capital y del trabajo. Carecen de legislación obrera en los Estados Unidos, y sin embargo, en ninguna parte gozan los operarios de bienestar mayor, que es el resultado de su labor intensa é inteligente, y de la energía de la raza unida al desprendimiento de los ricos para crear toda clase de instituciones de cultura y de beneficencia.

No he de alegar ninguna clase de títulos á vuestra benevolencia.

Solo recordaré que en el año 1885, cuando nadie pensaba en Bizcaya en reformas sociales, presidí la Junta de la Información obrera, precursora de las leyes sociales planteadas muchos años después, y que en 1893, cuando yo no tenía ninguna participación en la industria, hice en el *meeting* de Bilbao contra el tratado de comercio con Alemania el resumen de los discursos, contribuyendo a su fracaso. Y aquel acto y los trabajos de la Liga Bizcaina, han contribuido poderosamente á encauzar en España el problema aduanero, que es esencialmente de carácter social, traduciéndose en el desarrollo de la industria bizcaina y el adelanto del país, y muy especialmente en un medio eficaz para proporcionar trabajo abundante á los obreros.

Hay entre el capital y el trabajo vínculos muy estrechos, que solo la pasión y el pesimismo pueden desconocer. Imaginad por un momento que por una reforma arancelaria impremeditada, por la aprobación de malos tratados comerciales ó por nuevas guerras civiles, sucediese la paralización al activo trabajo de las industrias bizcainas, sustituyendo el profundo silencio al silbato de las locomotoras y de las sirenas de los vapores, al alegre bullicio y al ruido estridente de las potentes máquinas que funcionan en las márgenes de la ría de Bilbao; padecerían á no dudarlo los fabricantes, pero serían aún mayores los sufrimientos de las falanges de trabajadores atraídas por las empresas de la comarca.

Esto os demuestra cuán ligados están vuestros intereses á los de los patronos que han arriesgado sus capitales en estas sociedades, y si llegase el día del naufragio, correríais todos la misma suerte, como ocurre al capitán y á los marineros de un vapor cuando en su marcha veloz choca la nave contra un escollo ó sufre un abordaje.

En resumen, yo entiendo que al movimiento obrero revolucionario y demagógico, debe sustituir la evolución tranquila y pacífica: al colectivismo utópico las reformas sociales, y á la lucha de clases la armonía y la paz social, únicas fórmulas de verdadero progreso y de mejoramiento eficaz de las clases menos afortunadas. Reinan anhelos de justicia y vientos de fraternidad humana; se han impuesto las reformas, y la solidaridad de todos, gobernantes, capitalistas y obreros, es la llamada á resolver, dentro de lo posible, el problema social.

(Se continuará)



EL COLECTIVISMO Y LAS REFORMAS SOCIALES

Conferencia dada en la noche del 15 de Enero de 1903 por
D. Pablo de Alzola y Minondo
en el Instituto Bizcaíno ante la Federación de Sociedades Obreras
de Bilbao

(CONTINUACIÓN)

II

Escuelas económicas

La ciencia económica, que se ocupa de la satisfacción de nuestras necesidades materiales, está dividida en numerosas escuelas, como la filosofía, lo cual es signo de inferioridad respecto de las ciencias exactas, cuyas verdades son incontestables.

La escuela liberal, llamada también clásica ó ortodoxa, sostiene que la sociedad humana se rige por leyes naturales que no podemos alterar, reduciéndose la misión del legislador á limitar la intervención del Estado á funciones de policía y de justicia, para mantener completamente libre y desembarazado el campo á las iniciativas individuales, bajo la fórmula *dejad hacer*, debida á Gournay.

La formación de capitales moviliarios comenzó en el siglo XIII como las operaciones de banca. En las centurias siguientes, y especialmente desde el descubrimiento de América, adquirió vuelo el comercio de

metales preciosos; se desarrolló modestamente la industria bajo el régimen reglamentario de los gremios y la fiscalización del Estado, comenzando la acumulación de riquezas. Esta obra fué lenta, y estuvo reservada á ciertas razas escogidas la facultad de salvar los escollos, casi infranqueables, para alcanzar el puesto de sociedades capitalistas.

Los prodigiosos inventos de la locomotora y del buque de vapor, el descubrimiento y perfeccionamiento de las máquinas de todas clases, y las maravillas de la electricidad, coincidieron para que la humanidad diera un salto colosal en el proceso del siglo XIX. El tránsito del régimen rutinario de los gremios al individualista de la libre concurrencia, se señaló por un progreso insólito y una mejora social positiva, que ha desmentido los fatídicos augurios lanzados hacia el comedio de la centuria por varios publicistas.

No obstante, las aglomeraciones obreras, debidas a las industrias importantes, originaron las asociaciones de trabajadores, que formularon sus quejas y protestas, por no considerarse bastante recompensados en la distribución de los beneficios, y los principios abstractos en que se fundaba la Economía clásica, su sequedad y falta de commiseração hacia las clases menos afortunadas labraron su descrédito.

Las ideas comunistas, más radicales que las socialistas, tan extendidas ahora, son muy antiguas. Las practicaron varios pueblos; las leyes de Minos y Licurgo organizaron la propiedad, ora colectiva ó sujeta á frecuentes repartos, y apenas existía la familia, puesto que no tenían los padres derecho á educar a sus hijos. *La República* de Platón estuvo concebida sobre bases análogas, considerando como estado perfecto el de la comunidad de bienes, aunque con el contrasentido de mantener la esclavitud como indispensable á la existencia de la sociedad; pero los griegos estaban bastante civilizados para conceder demasiado crédito á los principios sustentados por aquel célebre filósofo.

Proclamaron los israelitas la igualdad y fraternidad; nuestro Evangelio se basó en el amor á la pobreza; varios padres de la iglesia anatematizaron con violencia la posesión de riquezas, y las órdenes religiosas aplicaron los preceptos comunistas. La revolución de Juan de Leyden en Munster durante el siglo XVI; la utopía de J. Morus y las obras de J. J. Rousseau contribuyeron á preparar varios ensayos comunistas.

Fourier ideó los célebres falansterios, en los que utilizaba las pasiones generosas del hombre para hacer ameno y simpático el trabajo.

Revistió importancia el vasto plan realizado por los jesuitas en el Paraguay bajo la dirección de Francia; pero á su muerte se derrumbó por completo la comunidad. Cabet, autor del *Viaje á Icaria*, ensayó el planteamiento de sus doctrinas, primero en Tejas (Méjico) y después en Nanwoo (Estados Unidos), que acabaron por un completo desastre. R. Owen, rico fabricante inglés, estableció con sus obreros el sistema cooperativo; al montarlo en vasta escala fracasó, como los talleres nacionales de L. Blanc, montados en París en 1848.

El escollo de todos estos ensayos se deriva de las inclinaciones del hombre, dominado por el interés personal y dispuesto a reclamar de la asociación comunista la mayor cantidad posible de satisfacciones con el menor esfuerzo, y corresponde, en todo caso, á estados de la civilización más rudimentarios que el presente.

A mediados del siglo pasado surgieron otros reformadores, que sin llegar á las doctrinas comunistas, sentaron los principios del socialismo moderno. Proudhon sostuvo la teoría de la gratuitad del crédito y Karl Marx creó el sistema *colectivista*, que entrega á la sociedad y no al capital privado, los instrumentos de producción, mientras la escuela *comunista* suprime en absoluto la propiedad privada para toda clase de bienes.

El sistema de Marx considera la propiedad privada como *resultado de la expliacion*; y al capital constituido por *salarios no pagados á los obreros*.

De estos principios deduce que, teniendo la propiedad privada un origen doloso ó fraudulento, la sociedad tiene el derecho de expropiación para utilizarla en provecho de la colectividad.

«Para transformar la pequeña propiedad derivada del trabajo individual en propiedad capitalista, fué preciso el transcurso de un período más largo que el de la metamórfosis necesaria para convertir aquélla en propiedad social. Antes se hizo la expropiación de la masa por algunos usurpadores; ahora se trata de la expropiación de éstos por la masa.»

El manifiesto del partido comunista, redactado en 1847 por Marx y Engels, planteó *la lucha de clases* entre la burguesía y el proletariado, la constitución del partido obrero internacional y la propaganda por los hechos, á fin «de expropiar á los expropiantes», anunciando que la masa no tenía nada que perder en la transformación social, pudiendo, en cambio, ganar mucho con el sufragio universal, la prensa barata,

las aglomeraciones industriales, las huelgas y los procedimientos revolucionarios para lograr sus reivindicaciones. La síntesis de este programa, basado en la concepción materialista de la historia, sostenida por Marx, tomó el nombre de *colectivismo*.

Entendió Marx que el *valor es el trabajo del obrero cristalizado ó materializado*, es decir, que el de un objeto ó una mercancía se halla determinado por la cuantía del trabajo empleado en producirla; idea que había sido acogida por otros célebres economistas, desde Smith á Bastiat; pero difieren mucho sus explicaciones respectivas sobre este concepto por la importancia que dan a otros factores, como la *utilidad y la rareza*.

El error de la teoría de Marx, base fundamental del colectivismo moderno, se demuestra fácilmente. Si un operario fabrica en cada hora de trabajo cinco objetos iguales, y otro elabora en el mismo tiempo cincuenta, gracias al empleo de una maquina, resultará el absurdo de que este instrumento, que decupla la fuerza productora, no es una fuente de valor.

Entre dos costureras, una provista de la máquina de coser y otra que solo cuenta con la aguja y el dedal. habrá gran diferencia en la labor ejecutada y, pur tanto, no se puede negar el valor y el servicio prestado por un invento tan útil, que solo se adquiere por compra ó alquiler.

¿En qué se funda la diferencia de precio de dos hectáreas de viñedo á las que se aplica igual intensidad de trabajo, cuando es distinto el rendimiento por la calidad del terreno ó por su orientación?

¿Cómo se explica que un procedimiento nuevo de fabricación abarate los artículos ó que un cambio de la moda haga desmerecer el valor de los géneros almacenados?

¿Por qué se encarecen las subsistencias con motivo del cerco de una plaza ó de la pérdida de la cosecha?

Observa C. Gide que si el trabajo fuera la única causa del valor, no tendrían ninguno los manantiales de aguas minerales ó de petróleo. el guano ó la arena, ni el vino añejo costaría más que el nuevo. Es que la escueta doctrina de Marx no tiene presente que, como dice Couwes, toda clase de riquezas presupone el hecho humano de la apropiación ó de otros trabajos análogos.

Si conforme á la teoría de Marx pretendiesen los obreros *percibir íntegro el producto de su trabajo*, no sería esto justo sino en caso de

que hubieran suministrado, además de la mano de obra las primeras materias, las máquinas y todos los elementos de la producción.

Blanqui definió el principio colectivista en la fórmula de que *quien ha hecho la sopa debe comerla*; pero para guisar necesita que haya quien le proporcione la cocina, la olla, la carne, el pan, la sal y el carbón, que representan otros tantos trabajos anteriores, cuya participación en el valor de la sopa es evidente.

Marx quiso demostrar que los capitales se forman cercenando el pago del trabajo. Pero en tal caso, las numerosas quiebras en toda clase de empresas procederían de gastos excesivos, probando lo contrario; aquí mismo han producido enormes pérdidas á los iniciadores, la mayoría de las Compañías de ferrocarriles, de tranvías, vapores, fábricas de papel, vidrios y varias otras sociedades mineras, etc

Por otra parte, para fundar una industria se necesita un capital inicial destinado á fondo de establecimiento y otro para la explotación del negocio, recursos que son como el crédito, fruto de otros trabajos anteriores. Y ¿cómo puede negarse la legitimidad del ahorro acumulado por el obrero, que á fuerza de perseverancia se eleva á contramaestre y á industrial, del médico que consagra una vida de estudios y desvelos á constituirse un peculia, del ingeniero que desarrolla durante sus estudios un trabajo intensísimo y arrostra no pocas penalidades en la dirección de las obras públicas, del comerciante que regresa de América con un capital formado á fuerza de trabajo y vigilias?

Suponed que se agrupan cien obreros fuertes é inteligentes, que solo cuentan con el vigor de sus brazos. ¿Qué labor provechosa podrán realizar por sí solos? Ninguna. Si quieren perforar un túnel necesitan herramientas, vías, vagones y dinamita; para trabajar en un taller será preciso que cuenten con el terreno, los edificios y la maquinaria más el capital flotante y el crédito, y si son pescadores habrán de proveerse de una lancha, de redes y de cebo, sin cuyos requisitos resultaría estéril su faena.

La renta es precisamente la remuneración del servicio que presta el capital invertido en los instrumentos de trabajo, y no basta negar como Marx que carece de valor, porque los hechos prueban lo contrario. No puede obtenerse la riqueza sin utilizar otra anterior que hace el papel de cebo, siendo el crédito, el pago del trabajo economizado á los que han adquirido en préstamo un capital, á fin de emplearlo con provecho para ambas partes.

Lasalle sostuvo que en el reparto de las ganancias corresponde la peor parte al obrero, lo cual es más discutible. Para unir los dos factores ideó las sociedades cooperativas de producción, auxiliadas por el crédito del Estado como medio transitorio para preparar el terreno á la transformación de la sociedad actual.

El lapso de medio siglo transcurrido desde la propaganda de los apóstoles del colectivismo, ha bastado para aquilatar lo poco que había de viable en aquellas doctrinas. ¿Pueden igualar en rendimiento las cooperativas de producción á las sociedades privadas? La piedra de toque está en la gerencia, en la dirección técnica y administrativa, en el resorte vigoroso del interés particular, que se desvive, busca las capacidades sin reparar en el precio, las estimula con una participación en los beneficios, mientras en las empresas de carácter colectivo no tienen los jefes interés directo en el éxito del negocio y requieren tal grado de educación, disciplina y de rectitud, que exigirían un larguísimo aprendizaje. Hasta ahora, se han señalado por sus fracasos muchas cooperativas de producción, aunque no por esto se debe renegar de ellas, ni desautorizar el sistema, que difiere mucho del régimen colectivo.

Sostenían aquellos tratadistas que el capital crece por sí mismo y sin ningún esfuerzo personal con el desarrollo de la civilización, ó sea con el trabajo ajeno, confiando en que la revolución social restituiría á la colectividad todo el aumento acaparado por algunos individuos á expensas de la masa.

Tampoco es completamente exacto este aserto, porque la renta del capital desciende gradualmente, encontrándose los imponentes de fondos de los Estados y de los tenedores de toda clase de valores algo sólidos, con una reducción paulatina de los ingresos, y si en determinadas localidades suben los precios de los inmuebles, en cambio han descendido en las propiedades rurales, sufriendo además todas las clases sociales las consecuencias del encarecimiento de la vida.

(Se continuará)



El alcalde de Rentería obsequió con tres magníficos ramos de flores á la reina, princesa é infanta.

Mil enhorabuenas á la cultísima villa, patria de hijos tan preclaros como los Uranzu, los Zubiaurre, los Zamalbide, los Zuloaga, los Gamón, etc.

Nosotros sentimos verdadero placer al registrar en estas páginas, acontecimiento tan memorable y honroso para Guipúzcoa toda.

EL COLECTIVISMO Y LAS REFORMAS SOCIALES



Conferencia dada en la noche del 15 de Enero de 1903 por

D. Pablo de Alzola y Minondo

**en el Instituto Bizcaino ante la federación de Sociedades Obreras
de Bilbao**

(CONTINUACIÓN)

III

Descrédito del colectivismo

Como España es una nación antigua y de larga historia, ha pasado por muchos ensayos, y no deja de ser fecunda en enseñanzas la colonización de Indias.

Nuestra política económica durante la Casa de Austria se inspiró en una especie de socialismo realista. La tasa, la prohibición de las exportaciones de granos y las facilidades á la entrada de artículos manufacturados tendían á favorecer á todo trance al consumidor en contra de los productores agrícolas y los fabricantes.

El régimen colonial español declaró inalienable la jurisdicción real de Indias, y los Monarcas de la Casa de Austria prohibieron en absolu-

to la formación de compañías, á las que consideraban como acaparadoras é inmorales, mientras florecían en la Gran Bretaña los Bancos y las Sociedades dedicadas, no sólo á fomentar la navegación y todo linaje de empresas, sino á realizar la gran obra colonizadora por compañías privadas.

El contraste entre ambos sistemas no pudo ser más fatal para nosotros. Allí se formaron capitales, se despertó la energía de la raza y el espíritu de empresa, se desarrolló la industria y se acumularon los medios de producción precursores de una civilización espléndida, mientras aquí, constreñidos por la tutela y las ideas estrechas, no se fomentó la riqueza pública ni el patrimonio nacional con el imperio comercial del Nuevo Mundo.

La idea fundamental del socialismo moderno ha consistido en *la lucha de clases* durante el periodo de Organización y propaganda. Todas las revoluciones se realizan por movimientos ciegos y apasionados, en los que la razón cede á la fantasía y se desencadena la fuerza con violencia. Los promovedores son generalmente poetas ó filósofos, hombres soñadores reñidos con la realidad, que crean las sectas con un criterio cerrado é intransigente; pero á medida que crece el niño y se desarrolla su inteligencia, surgen las dificultades y los choques con otras aspiraciones, comenzando el encauzamiento del torrente desbordado.

Esto ocurrió en la primera revolución francesa, sucediendo al régimen del terror el cesarismo de Napoleón I, y ocurre ahora con el socialismo aun en los países latinos, que es donde ha tomado mayor vuelo; al ponerse en contacto con las corporaciones populares y las responsabilidades del gobierno va realizando la evolución, que le aparta paulatinamente de la lucha brutal de los primeros tiempos.

Y no soy yo, imbuido quizás en otras ideas, quien así lo declara, sino que he visto confirmados mis juicios nada menos que en artículos recientes de la *Revista socialista* francesa.

Dice Joseph Sarraute en su estudio titulado *Socialismo de oposición y de gobierno*: «El principio de la lucha de clases lo han sostenido con ardor los teóricos y agitadores de todas las comuniones, los evolucionistas y revolucionarios, los optimistas y pesimistas, prosternándose ante la divinidad feroz en cuyo nombre combatían. Desde hace algún tiempo ha estallado la guerra civil, luchando en Francia los ministeriales de Millerand y sus contrarios; en Alemania los partidarios

de Kautsky y los de Bernstein; en Italia los radicales centralistas y los autonomistas moderados; pero es preciso realizar un acto. Hay que descorrer el velo que oculta el ídolo de la lucha de clases, que nos ha deslumbrado, y contemplarlo á la luz meridiana á fin de conocer la realidad, abandonar las ilusiones y examinar como hombres libres y conscientes las dificultades insuperables de su misión emancipadora».

Los partidos de oposición sistemática piden, entre otras cosas, la supresión del ejército, la elección de los funcionarios por sufragio universal y la separación de la Iglesia y del Estado; pero aun los políticos radicales que gobiernan en la República francesa, al contraer las responsabilidades del poder, se ven obligados a atender á la defensa nacional y la independencia del país, á mantener el orden público y cuidar del desarrollo normal de la producción.

Este último es el verdadero problema social. El régimen capitalista ha adquirido un vuelo colosal, contribuyendo al desarrollo insólito de la riqueza pública. Se calcula que el valor de la producción en los Estados Unidos durante diez años, equivale á la suma de todos los capitales existentes en el mundo entero en la época en que se emancipó de Inglaterra, y la riqueza sigue creciendo en progresión vertiginosa.

Las hambres que antes asolaban á Europa, como sucede ahora en Asia, han desaparecido, y sería preciso ser injustos para no reconocer que aun las clases menos afortunadas gozan de un bienestar mayor que en los siglos pasados, á pesar del considerable aumento de vecindario; de modo que aun concediendo la existencia de injusticias sociales, la imparcialidad obliga á reconocer una mejora positiva en las condiciones económicas.

Mas el sistema individualista se funda en el vigoroso resorte del interés personal y de la responsabilidad, que forman el alma de la producción. Así es como se han realizado las maravillas de la industria moderna, y el alza de los salarios ha quintuplicado en Francia durante el último siglo; los inventores, con el aliciente de crearse una fortuna, han creado los procedimientos de fabricación cada vez más ingeniosos y económicos; el vigor de los capitales ha permitido el cambio del material viejo por la maquinaria moderna, y el mecanismo de la oferta y la demanda ha originado un funcionamiento automático por el desarrollo simultáneo de la fabricación y de las transacciones comerciales.

La sustitución del régimen vigente por el colectivismo integral, dice el socialista Mr. Sarraute, nos parece expuesto á dificultades tan

temibles, que creemos imposible una realización completa. Es lo propio de todos los principios absolutos, que solo tienen en cuenta un lado de la realidad y están condenados á ser inaplicables. Es la gran locura necesaria de que se sirve la Historia para que germine el fruto y se realice el maximum de progreso, por hallarse la humanidad ávida de un ideal absoluto y condenada á proseguirlo sin tregua, aunque sin poder realizarlo nunca.

No son las instituciones sociales creaciones arbitrarias de la fuerza, sino necesidades de la vida social. Escuchad lo que dice Enrique Ferri en sus *Nuevos estudios de Antropología criminal*:

«Es pura metafísica creer que una institución social de las fundamentales, como la propiedad ó la familia, sean efecto del capricho de un hombre ó de una clase dominante, y que solo por el arbitrio de otro hombre ó de otra clase puede instantáneamente abolirse de una plumada en una ley ó por unos disparos en las barricadas.

Todo cuanto existe es el efecto acumulado de una cadena infinita en el tiempo y en el espacio de causas anteriores que gravitará sobre las generaciones futuras; y por tanto, todo teórico que en su gabinete de estudio imagina proyectos de un nuevo orden social en un todo diferente de los que existen, aun cuando los haga por un sentimiento nobilísimo, se asemeja á un arquitecto que propusiera la construcción de edificios nuevos fuera de las leyes de la gravedad. Son efectos milenarios de causas arraigadas en la humanidad, la cual cuenta muchos centenares de miles de años.

El gran cataclismo para la generación que lo presencia, de una revolución social, se reduce á vibración apenas visible para la humanidad. Ejemplo: la gran revolución francesa, ¿qué cambios ha producido?

La vida de la sociedad humana es tan compleja que no se puede resolver el problema con la sentencia absoluta y monosílábica del socialismo, que atiende á la apariencia y olvida los elementos que forman la parte sustancial. Dicen que abolida la propiedad, desaparecerían los hurtos, pero existiría el vagabundo nato, que robaría los bonos de alimentos».

Tolstoi, que es un soñador ávido de justicia, ha abominado de la caridad y del dinero, que considera pernicioso, pero no ha trazado los caminos ni las medidas prácticas para llegar al reinado de la felicidad universal. En el juicio crítico de Zola acerca del libro *El dinero y el trabajo*, afirma que la moneda es un producto del suelo social y uno

de los factores de nuestra existencia; su supresión representaría el trabajo ciclópeo de hacer remontar á la humanidad á través de formidables obstáculos, no más fáciles de vencer que los de la fuerza de la pesantez, si se intentase invertir el curso de los ríos para obligar á las aguas á subir desde la desembocadura al nacimiento.

El conspicuo socialista francés J. Jaurés, que acaba de ser nombrado vicepresidente de la Cámara de Diputados, en su libro *Estudios sociales*, afirma «que el manifiesto de Marx y Engels corresponde al período de utopía, y que la anunciada revolución para establecer la dictadura obrera ha fracasado por completo. El régimen capitalista y el socialista pueden coexistir y no prevalecerá el primero sino lentamente».

El grupo radical socialista de la misma Cámara ha formulado un programa, declarando que «la propiedad individual es la expresión y la garantía de la libertad humana», Contentándose con que se imponga un impuesto progresivo á lo que llama riqueza superflua.

El sistema colectivista priva á la producción del vigoroso impulso del interés personal; suprime el estímulo que conduce, sea por iniciativas arriesgadas ó como fruto del ahorro, á la multiplicación de capitales, que si redunda en primer término en provecho de sus dueños, repercute con la creación de nuevas empresas en beneficio de la comunidad.

Si el trabajo á jornal realizado dentro del régimen vigente resulta oneroso é improductivo respecto del sistema de destajo, calcúlese lo que ocurriría en el colectivismo. A la iniciativa individual, al afán de elevarse en el nivel social y á la capacidad intelectual bien retribuida, sucedería un poder tiránico y todopoderoso, encargado de concertar todos los detalles de la vida económica y aun las relaciones de familia, y muertas las actividades, apagado el espíritu inventivo y la competencia que estimula á producir con economía, perdida la libertad individual y rebajada la disciplina de los talleres, la riqueza pública sufriría un quebranto enorme y fracasaría el ensayo, como ocurrió con los intentos de régimen comunista antes mencionados.

Es tan difícil el problema de socializar los medios de la producción, que no han sabido trazar los escritores colectivistas el plan de reformas que exigiría el advenimiento del nuevo régimen. Se presentan además otros obstáculos insuperables en tan arriesgada empresa; si las divergencias dinásticas ó políticas han originado cruentas guerras civiles, calcúlese las probabilidades de éxito que tendría el propósito de confiscación

de todos los bienes privados cuando se hallan éstos tan repartidos que en Francia, por ejemplo, habitan *su propia casa* 5,5 millones de propietarios, ó sea con sus familias, más de la mitad del censo; hay 8,5 millones de dueños de tierras, 8 millones de imponentes en las cajas de ahorros, y otros muchos accionistas de las sociedades anónimas, tenedores de papel del Estado, etc.; de modo que la mayoría capitalista es abrumadora é invencible por sus fuerzas y recursos.

Haciéndose cargo de lo irrealizable del sistema colectivista han retrocedido sus partidarios, ora transigiendo con la propiedad pequeña, lo cual quebranta por completo el principio fundamental, ora declarando que no ha terminado la misión histórica del capitalismo, *que será por largo tiempo una necesidad social*.

Mr. Meline, ex-presidente del Consejo de Ministros de la República francesa, afirmaba en sus discursos *que el colectivismo es la negación del progreso y de las verdaderas reformas sociales*, a lo que contestaban los amigos del socialista Millerand, *que el colectivismo es una doctrina mala, pero que no produce ningún efecto*. Es decir, que se trata de programas de mera comedia y artificio, ideados para mantener la popularidad en las masas, sembrando rencores con promesas fantásticas é irrealizables.

¿Y cuál ha sido el resultado práctico alcanzado por la propaganda colectivista durante los cincuenta y cinco años transcurridos desde el célebre manifiesto de Marx y Engels de 1847? La de otro fracaso como el de los ensayos comunistas, porque desde entonces el régimen capitalista ha tomado un vuelo extraordinario.

Ha dicho Sanz Escartín, notable publicista con tendencias al socialismo cristiano, en su libro *El individuo y la Reforma social*, «ha perdido la doctrina colectivista todo su valor en el terreno de la ciencia, todo su prestigio en las esferas de la verdadera cultura intelectual. El número de pobres decrece considerablemente en los países que alcanzan un alto grado de civilización, viendo aminorada la plaga del pauperismo, no ha mucho tan amenazadora».

(Se continuará)



EL COLECTIVISMO Y LAS REFORMAS SOCIALES

Conferencia dada en la noche del 15 de Enero de 1903 por

D. Pablo de Alzola y Minondo

**en el Instituto Bizcaíno ante la Federación de Sociedades Obreras
de Bilbao**

(CONTINUACIÓN)

IV

El trabajo en los Estados Unidos

Se ha formado el coloso del Nuevo Mundo como resultado de una selección continuada desde que los ingleses se establecieron en aquellas tierras próvidas. Nuestro sistema de colonización consistió en asimilar á las razas indígenas, en convertirlas al cristianismo y en protegerlas con las leyes de Indias contra las depredaciones de los funcionarios de la Corona, mientras en las de origen británico se mantuvo á todo trance la separación de los invasores y las castas aborígenes.

Proclamada la independencia de los Estados Unidos en 1776, cuando solo contaba la República 4.000.000 de habitantes, emprendieron la tarea de fomentar la inmigración llevando razas escogidas, al propio tiempo que cometían la empresa inhumana de desalojar á los indios de sus seculares territorios y destruirlos paulatinamente, como si se tratase de animales dañinos.

Así han constituido un país de aptitudes extraordinarias para la pro-

ducción, y como el sentimiento general de sus habitantes se inspira en una ambición ilimitada de mejorar las condiciones de la vida y elevarse en la jerarquía social, hallanse dominados ricos y pobres por la fiebre del trabajo intenso, que solo pueden soportar los extranjeros dotados de gran vigor para la empeñada lucha por la existencia entablada en la Unión Americana.

Claro está que en una nación así constituida, en donde los hombres capaces y enérgicos se han elevado desde obreros ó modestos empleados á la posesión de riquezas inmensas, en donde se da la mano á cuantos sobresalen por sus aptitudes, y aun los operarios gozan de un grado de independencia y bienestar desconocidos en Europa, ha de haber escaso campo para el desarrollo de las ideas colectivistas, ni para la lucha de clases.

Apenas se ocupan de política en aquella gran nación, ni los obreros, ni los empleados, que solo piensan en cuestiones de dinero y en mejorar la situación. Segundo un escritor que ha recorrido el país, «las ideas generales y abstractas y los principios idealistas, están abandonados con desdén á los soñadores intelectuales y á las gentes de la Universidad de Boston».

Allí trabajan todos; pero como están siempre lanzados á los negocios, que unas veces salen bien y otras mal, no hay situación definitiva, y tan pronto se enriquecen los yanquis, como aparecen en las listas de las quiebras. No por esto se desaniman; comienzan de nuevo la faena de rehabilitarse, y como aun los hijos de los potentados aprenden un oficio, pasan sin sonrojo, cuando la fortuna les es adversa, de las comodidades del lujo á la labor obscura del taller.

Muchos americanos destinan grandes capitales á promover *el bien público*. Están imbuidos del sentimiento de humanidad y amor al pueblo, según lo demuestran las magníficas Universidades, Institutos, Escuelas, Museos, Bibliotecas, Parques, Hospitales clínicos y Asilos que, además de las iglesias, se erigen por generosos donantes, habiendo ascendido en 1901 las sumas dedicadas á éstas liberalidades a 450 millones de francos. Tales estímulos y la fortuna que en aquel inmenso mercado se labran los inventores de máquinas y de aparatos perfeccionados, mantienen en tensión continua las inteligencias en el camino del progreso manufacturero.

Los padres no se cuidan de preparar la fortuna para que huelguen los hijos, y como éstos saben que la libertad de testar induce á disponer

del caudal, ya sea para dejarlo en su mayor parte al más capaz y laborioso de los descendientes que pueda continuar dignamente la dirección de las empresas creadas, ya para regalarlo á obras de beneficencia y cultura, no tienen más remedio que trabajar con ahínco, á fin de crearse una posición propia que les permita contraer matrimonio. De modo que aun en la familia se hace selección de los mejores, citándose muchos millonarios que legaron rentas modestas á los hijos en quienes encontraban escasez de méritos y cualidades para la vida de los negocios, y así todo conspira hacia un progreso ilimitado, con la acumulación consiguiente de enormes capitales.

Han dado un gran desarrollo á la producción mediante el régimen ultra-proteccionista, que mantienen sin vacilaciones desde la guerra de Sucesión. Asegurado el mercado interior de aquella nación, que cuenta con cerca de 80 millones de habitantes, han evitado en muchos casos la competencia, organizan *trusts* colosales, de empresas mineras, siderúrgicas, de carbón, ferrocarriles, gas, bancos, etc.

A su vez han constituido los obreros asociaciones formidables. La Federación americana del Trabajo reúne un millón de afiliados y la de los Caballeros del Trabajo formada con empleados en las vías férreas, unos 200.000. No han reclamado estas Uniones una legislación obrera como la que rige en Europa, aplicándose allí el derecho común en toda clase de conflictos. Se dedican principalmente á la defensa de sus intereses; tienen sociedades de socorros y de seguros; disponen de grandes recursos; se surten solamente en los establecimientos propios; han logrado que se cierre la puerta á la inmigración de chinos, y suelen resistirse á la admisión de técnicos extranjeros.

Las fiestas consisten en las tardes de los sábados, los domingos, el aniversario de la Independencia y la del Trabajo, que celebran el 1.^º de Septiembre. Las Uniones desfilan en las ciudades americanas en formaciones de 20.000 á 100.000 trabajadores. Generalmente presiden la ceremonia los alcaldes y municipios; cada compañía lleva sus insignias y banderas; los jefes, montados sobre caballos empavesados con cintas y guirnaldas, van al frente de los batallones que llevan sus músicas, y las obreras, bien ataviadas, van en coches de cuatro caballos, ofreciendo el conjunto un aspecto pintoresco y la demostración de una gran fuerza que, por fortuna para aquel gran país, no se forma de revolucionarios, ni de colectivistas, ni de agitadores dispuestos á derrumbar todo lo existente; y es que el socialismo europeo, como observa P. de

Rossiers en *La Vie Americaine*, se halla en oposición completa, aun en las manifestaciones más inocentes y atenuadas, con el espíritu individualista de los americanos del Norte.

El economista Nitti confirma este juicio en *La economía de los salarios caros*. «El obrero americano no sueña con ninguna transformación notable de cambios sociales, ni con alteraciones profundas, solo ve su interés.» Quiere vivir como hombre civilizado, elevar el nivel de su vida, satisfacer nuevas necesidades, instruirse, no en las discordias políticas, sino leyendo revistas que le enseñen cosas útiles para mejorar en su oficio y criar con esmero y desahogo la familia.

Todo esto requiere un trabajo intenso, recompensado por una retribución alta, obtenida generalmente á destajo. Algunos escritores ingleses, incluso Adam Smith, han sostenido que el salario elevado despierta las energías y la actividad de los obreros. Lord Brassey, hilo del gran constructor de ferrocarriles, que realizó las obras de la línea de Tudela á Bilbao, decía que no resultaban los trabajos más baratos en los países como Italia de jornales reducidos; pero á mi juicio, influyen esencialmente el clima y las condiciones de raza.

Según la información oficial realizada en 1888 acerca del producto del obrero en diversas naciones, resultó en las fábricas de tejidos de algodón:

PAÍSES	Número de telares mane- jados por cada tejedor.	Yardas fabricadas por semana.	Coste por yarda. — Francos
Alemania y Suiza.	2 á 3	466	0,303
Inglaterra	3 á 4	709	0,275
Estados Unidos.	6 á 8	1.220	0,200

De modo que á pesar de pagar en América jornales 75 por 100 más caros que en Alemania, salía el tejido una tercera parte más barato.

En las minas de carbón eran los salarios doble que en Bélgica y el coste 8,5 por 100 inferior.

(Se continuará)



exclamación, haciéndoles decir otra cosa de lo que el autor sagrado se propuso; ora interpretados contra el sentido obvio de las Escrituras; ora comentados á la usanza del precitado Orígenes? Ciento que mandaría ó expurgarlos ó quemarlos. Continuaré con el favor divino.

BLAS PRADERE, *pbro.*

EL COLECTIVISMO Y LAS REFORMAS SOCIALES



**Conferencia dada en la noche del 15 de Enero de 1903 por
D. Pablo de Alzola y Minondo
en el Instituto Bizcaino ante la federación de Sociedades Obreras
de Bilbao**

(CONTINUACIÓN)

FABRICACIÓN DE HIERRO Y ACERO

PAÍSES	Jornal de los primeros laminadores <i>Francos</i>	Jornal medio <i>— Francos</i>	Costo de la tonelada <i>— Francos</i>
Estados Unidos	21,4	12,2	162,2
Inglaterra	11,8	6,2	147,7
Francia	8,9	4,1	115,2
Bélgica	6,5	3,2	120,6

En la siderurgia se producía entonces más caro que en Bélgica; pero es preciso tener presente que esta nación pequeña exporta la mayor parte de sus artículos fabricados, mientras la Unión Americana dispone de un mercado interior inmenso, defendido por los aranceles de Aduanas.

Los comisionados de la *British Iron Trade Assotiation* han publicado recientemente un libro notable, titulado *Industrial conditions and Competición*. Los jornales en la industria siderúrgica son en los Estados Unidos 40 ó 50 por 100 más altos que en Inglaterra, según los talleres. En los de maquinaria de Filadelfia, generalmente cada hombre maneja a un tiempo tres máquinas y cuatro de taladrar. Hay gran disparidad de salarios; los jefes laminadores llegan a ganar doce dollars diarios y trabajan á su lado operarios con uno y medio de salario.

Tanto en Inglaterra como en los Estados Unidos se trabaja por regla general, á destajo, sistema ventajoso para los obreros, que ganan en proporción de su habilidad y energía, y también para los patronos, entre otras cosas, porque los operarios bien pagados tienen gran interés en evitar las reparaciones de las máquinas, en no desperdiciar material ni ejecutar obras defectuosas que deben sustituir con la labor propia. Los fabricantes y obreros han llegado a un acuerdo para el pago del destajo según la *sliding scale*, que hace subir ó bajar las tarifas en relación á los precios de venta. El aumento de la producción de los talleres ha sido considerable desde que se abandonó el pago á jornal.

La intensidad del trabajo americano se ha demostrado en un ejemplo reciente. Los albañiles ingleses, que antes asentaban 1.000 ladrillos diarios, habían ido aflojando, reduciendo su tarea á la colocación de 500, y cuando la Compañía Westinghouse decidió en 1901 instalar en Manchester una fábrica de aparatos eléctricos, como los contratistas británicos pedían varios años para construir las obras, trajo la sociedad un activo asentista americano, quien con un número reducido de maestros yankis se dió maña para encarrilar á los albañiles del país, logrando un promedio de fábrica de 1.800 ladrillos diarios por cada uno, con el máximo de la enormidad de 2.500 en nueve horas de trabajo, para lo cual tuvo que despedir á los más vagos y menos hábiles.

Los albañiles buenos ganan en los Estados Unidos más de cuatro duros (oro) de jornal, pero su labor lo merece. Hay en México algunos que cobran cinco ó seis veces más que los del país, y no obstante resulta ventajoso su empleo, por el brío con que trabajan.

Decía un fabricante inglés que jamás imitaría a los americanos, que tenían telares de seda con 7.200 revoluciones por minuto en vez de 5.000, afirmando que sus obreros no tendrían fuerza nerviosa para resistir aquella velocidad, y sin embargo, han llegado á 13.000 vueltas

en los Estados Unidos. En Manresa hubo una huelga formidable por resistirse los obreros al manejo de más de dos telares y en el Nuevo Mundo han llegado a ocho y diez con su perfeccionada maquinaria.

Es que aquellos obreros son muy enérgicos y no se resignan á la vida inferior. «Cuando salen de las fábricas (dice Nitti), correctamente vestidos, enguantados y sonrientes, parecen señores que van á las diversiones, y no obreros desfallecidos.»

En resumen, los salarios altos son el resultado de la educación progresiva y del espíritu ambicioso de *incontentabilidad*. Determinan el progreso de la maquinaria, que estimulan los patronos, ofreciendo premios á los empleados y obreros que inventen perfeccionamientos. El porvenir económico y social será para los pueblos enérgicos, atormentados por el ansia de mejorar.

Ya lo anunció Seam Slick hace sesenta años. «En los Estados Unidos la ley del trabajo es dura; ni el rico, ni el pobre, ni el linajudo, ni el plebeyo, comerán con nosotros el *pan de la vagancia*. A un ocioso que se eche en nuestros brazos, se le meterá entre varas como á un caballo, y no tendrá mas remedio que tirar ó morir reventado.»

El operario inglés trasplantado á América, cambia radicalmente al verse arrastrado por la corriente á una vida activa y viril.

El yanki es, por regla general, afable é inteligente, y se halla siempre dispuesto a recoger ideas nuevas y á aplicarlas, existiendo, según Mr. Rossiers, la verdadera democracia entre patronos y obreros. Es difícil proporcionarse criados para el servicio doméstico y los amos, reconociendo que es un empleo transitorio, les ayudan con objeto de que consigan mejores colocaciones.

Según el informe de la comisión siderúrgica inglesa y los datos estadísticos que presenta, el obrero americano es sobrio en el uso de bebidas alcohólicas y aun de la cerveza, no llegando al 5 por 100 el personal que entra tarde los lunes en los talleres, y la regularidad en las tareas, unida á la buena correa, les permite ganar jornales altos y vivir generalmente satisfechos, aunque deseando mejorar.

Aquellos industriales cuidan con esmero de la *máquina humana*, no siempre por filantropía, sino por conveniencia propia. Se esmeran en las condiciones higiénicas de los talleres, establecen escuelas, bibliotecas, comedores, casinos, museos y baños; dan á los obreros tardes de campo con merienda, les conceden algunos días de vacaciones con sueldo y costean viajes á los hijos, resultando en algunos puntos una

organización envidiable, la verdadera Jauja, que tiende á estrechar los lazos entre el capital y el trabajo.

Los rasgos de generosidad son espléndidos en aquel país. Mr. A. Carnegie, que había creado numerosas instituciones en Pittsburg, al retirarse en 1901, legó 4.000.000 de dollars para destinar sus réditos al retiro de los operarios ancianos é inutilizados en el trabajo, y otros industriales destinan al mismo objeto las sumas necesarias, sin retener á los operarios ninguna parte de los jornales.

El sistema de aprendizaje consta de la práctica en los talleres y de la enseñanza técnica. Se divide en tres períodos, en los que aumenta sucesivamente la remuneración de los jóvenes. La disciplina es severa y los contramaestres vigilan á los muchachos, no sólo en las fábricas, sino en la calle, á fin de conocer sus tendencias y condiciones.

(Se continuará)

RESUMEN HISTÓRICO DE LA TELEGRAFÍA

(CONTINUACIÓN)

Se ha transmitido en varias ocasiones y á distancias variables utilizando este medio. Con un conductor de 2.400 metros de largo, siendo la distancia entre los dos cables paralelos de 5.600 metros; y entre dos alambres paralelos de 1.600 metros y situados á 5.300.

A propósito de la transmisión sin alambres, diremos: que hacia el año 1845 Vaile y Morse publicaron un libro titulado «El telégrafo electro magnético americano», en el cual hay un capítulo dedicado á la telegrafía sin alambres que lleva por título «Modo de salvar los grandes ríos y otras masas de agua, sin alambres». En el mismo está indicado el diagrama que consistía en dos hilos conductores arrojados al fondo del agua, terminando cada uno de ellos en una plancha de

Y ahí está precisamente lo que hace la inmortalidad del genio eternamente fecundo, eternamente activo.

Adios, amigo mío, y ruegue por mí ante la Santa Cecilia de Rafael.

FRANZ LISTZ.»

EL COLECTIVISMO Y LAS REFORMAS SOCIALES

**Conferencia dada en la noche del 15 de Enero de 1903 por
D. Pablo de Alzola y Minondo
en el instituto Bizcaino ante la federación de Sociedades Obreras
de Bilbao**

(CONTINUACIÓN)

V

Congresos obreros celebrados en Alemania e Inglaterra

Son innumerables los que se han reunido desde la organización en Alemania del partido colectivista.

En el Congreso de Gotha (1875), se verificó la unión de las asociaciones de Lasalle y Bebell. Se proclamó al trabajo como manantial de la riqueza, y su producto propiedad de todos, exigiendo la emancipación social, que los instrumentos del trabajo pertenezcan á la colectividad. El partido obrero alemán se propuso fundar el Estado Libre, suprimir la ley de bronce, abolir las desigualdades humanas, sustituir el ejército permanente por la milicia, y afianzar toda clase de libertades.

El programa era radical, pero vago en cuanto á las fórmulas económicas de reconstitución del nuevo régimen, y reducido en su mayor

parte á la crítica negativa de las declamaciones revolucionarias. El fracaso de sus exageraciones no ha podido ser mas completo, porque desde aquella época ha surgido en el Imperio una industria vigorosa que hizo papel brillante en la Exposición de Paris de 1900; se han creado grandes capitales que, imitando á los ingleses y americanos, se difunden con poderosas empresas en los países extranjeros; el acrecentamiento de la riqueza ha aumentado el bienestar en las clases obreras, desmintiendo los fatídicos augurios de los creadores del colectivismo; los institutos armados de mar y tierra, á los que debe Alemania su prosperidad, son más fuertes que nunca, y aun la ley *de bronze* ó del salario mínimo, quedó desautorizada por los mismos jefes socialistas en otros Congresos posteriores.

La experiencia y el adelanto de los obreros germánicos les ha inducido poco á poco á curarse de las estériles tendencias revolucionarias de los primeros tiempos, para preocuparse de lo más esencial que es el mejoramiento de su condición social.

Contribuyó á desarmarlo el genio de Bismark que, adelantándose á su tiempo, estableció como principio de gobierno la intervención del Estado, en la vida económica, mediante la adquisición de las vías férreas por el Estado, la protección arancelaria y las leyes de accidentes del trabajo, invalidez y retiros, que gravan al Tesoro alemán con 200.000.000 de francos anuales para el fondo de pensiones.

La gran industria se ha organizado en *cartells* á imitación de los *trusts* americanos, y comprendiendo los obreros las ventajas de la asociación, han constituido grandes sindicatos profesionales bajo el modelo de los *Trade Unions* ingleses, cuyo objeto «no consiste en derribar el orden social existente, sino simplemente mejorar la condición económica de los trabajadores».

Hay varios sindicatos fundados bajo los auspicios de los partidos políticos, es decir, con la tutela de los socialistas, de los progresistas ó del grupo cristiano.

En el Congreso marxista de 1899, declaró el Presidente del sindicato de albañiles, como más propio de las asociaciones políticas, la investigación de si el actual orden de cosas es bueno ó malo, justo ó injusto, debiendo ellos limitarse á tratar los asuntos prácticos concernientes á la agrupación (1).

(1) *Du mouvement syndical ouvrier dans l'Industrie allemande*, par André Dupin.

Los sindicatos cristianos, que reúnen 160.000 afiliados, van aún más lejos, persiguiendo principalmente fines morales y religiosos y «el mantenimiento de relaciones pacíficas entre patronos y obreros».

Se ha celebrado en el mes de Octubre último en Stuttgart el cuarto Congreso de los sindicatos alemanes, que ha revelado un progreso considerable en número de asociados y en recursos, habiendo estado representados 677.000 obreros. Sus ingresos anuales son de 9,72 millones de marcos y los gastos de 8,96; pero es preciso tener presente que no se ocupan, como los ingleses, de los seguros obreros, por hallarse organizados por el Estado.

La consecuencia de la pujanza de los *Geuerkvereine* formados por la democracia socialista, ha sido la moderación. No han estado los congresistas animados de un espíritu violento contra los Poderes públicos, siendo recibidos con deferencia y solicitud por el representante del Gobierno imperial y por el Municipio de la ciudad de Stuttgart. En el Congreso internacional celebrado en aquella ciudad, estuvieron representados doce países y se establecieron las bases de auxilios mutuos en determinados casos.

El desarrollo de la maquinaria y el advenimiento de las fábricas colosales, que han sustituido á los pequeños talleres de antaño, promovieron en Inlaterra las asociaciones obreras llamadas *Trades Unions*. Hay entre los patronos y los operarios intereses comunes de que no falte el trabajo y de que la fabricación se desenvuelva prósperamente, evitando la ruina, que perjudicaría á ambos factores; mas hay otros intereses que pueden no ser comunes y requieren representaciones distintas, y la aglomeración de personal en las industrias importantes facilitó los medios para que se asociasen las masas de operarios.

Al verse unidos, se creyeron con una fuerza irresistible y comenzaron las huelgas tumultuosas, que fomentan el antagonismo de clases, sembraron elementos de discordia y desacreditaron los procedimientos de violencia. Pero al período de guerra siguió en aquél país de tanto sentido práctico, el diplomático, que sustituyó los choques violentos por las relaciones normales y pacíficas entre los beligerantes.

El éxito de los *Trades Unions* ha sido evidente; cuentan con millón y medio de obreros afiliados, cifra bastante considerable, aunque sólo abarca una parte de los trabajadores del Reino Unido. Por su sencillez, espíritu práctico y respeto á la legalidad, han adquirido prestigio y consideración social, y por la cuantía de sus capitales empleados en

las instituciones de seguros y en fuertes reservas, cuentan con poderosos elementos para la defensa de sus aspiraciones. Dedicanse principalmente las tareas de las Federaciones al seguro mutuo, al contrato de trabajo y la legislación obrera.

El Gobierno británico nombra con frecuencia en las ciudades jueces de paz entre los asociados de las *Unions*, y al celebrar sus Congresos, que en los primeros tiempos inspiraban desconfianza y eran objeto de vigilancia de las autoridades, son recibidos ahora y festejados por los Ayuntamientos.

El alcalde de Cardiff, les dijo en un discurso: «Vosotros representáis con vuestras familias 5.000.000 de personas, y si con estas deliberaciones se logra mejorar la condición de una masa tan considerable, realizaréis una misión noble y santa.» Y en prueba de deferencia y consideración á los delegados, les obsequió con una reunión en el Palacio Municipal, en la que hicieron los honores su esposa é hijas, y el marqués de Bute, el mayor propietario de minas del mundo entero, que es dueño del puerto y de los muelles de aquel emporio comercial, les obsequió con un *lunch* en uno de sus vapores.

Estos actos revelan la atenuación del espíritu de lucha de clases, y encierran para el porvenir la esperanza de pacificación, lo cual se debe al tacto desplegado por las *Unions* inglesas, que ajenas por completo á las aspiraciones utópicas de derrumbar el orden social y limitadas en sus trabajos á abogar por el mejoramiento de los trabajadores, han sabido rodearse de una atmósfera de simpatía, á pesar de la firmeza con que saben defender sus intereses.

Mr. T. Burt, secretario parlamentario del *Board of Trade* en el Ministerio Gladstone, un antiguo obrero que había trabajado con el picachón en las galerías de las minas, decía á los delegados en un discurso inaugural del Congreso de Newcastle: «No os preocupéis nunca de aquello que no podais conseguir, ni perdais tiempo ocupándoos de asuntos que se hallen fuera de vuestro alcance y de vuestra acción inmediata»; consejo muy sabio que debían aprender los socialistas franceses y aun los nuestros.

Tienen los obreros ingleses el buen sentido de relegar al olvido los ensueños del radicalismo y de concentrar todos sus esfuerzos al terreno de los hechos, abandonando el ideal por el culto de la realidad. Al preguntarle á uno de los jefes del movimiento obrero del Reino Unido lo que opinaba de la nacionalización de la tierra, contestó con ironía:

«Mientras transcurren los siglos necesarios para el planteamiento de esa reforma, hemos adquirido terrenos con objeto de instalar el *Lawn tennis*, que sirva de juego y entretenimiento á nuestros asociados».

Con ocasión de algunos daños causados por ciertos operarios á una compañía de ferrocarril durante una huelga, los tribunales ingleses han hecho responsable pecuniariamente á la dirección de las *Trade Unions* de aquellos perjuicios, por valor de 27.000 libras esterlinas; pero en lugar de sublevarse por este fallo y decretar la huelga general, se han acercado á letrados para solicitar del Parlamento una codificación clara de los derechos y debe es de los obreros asociados.

Este punto se ha discutido en el mes de Octubre último, en el 35.^º Congreso de aquella federación, celebrado en Londres, en el que han estado representados millón y medio de obreros, acordando reunir fondos para las campañas electorales, á fin de llevar algunos diputados á la Cámara de los Comunes, como lo habían hecho en épocas anteriores.

En donde ha alcanzado mucha extensión la tendencia socialista, es en la incautación por los Municipios de diversos servicios industriales, confiados á las empresas particulares.

Se ha verificado en Manchester durante el año 1902 el 5.^º Congreso de la Alianza Cooperativa Internacional. Hay en Inglaterra 648 sociedades cooperativas con más de 2.000.000 de miembros; poseen un capital de 60.000.000 de francos, y han obtenido grandes beneficios y un resultado verdaderamente asombroso. Son aquéllas principalmente de consumo, llevando una marcha láguida las de producción. Hay varias de éstas dedicadas á las faenas agrícolas, con 3.600 hectáreas de terreno cultivadas cooperativamente.

(Se continuará)



EL COLECTIVISMO Y LAS REFORMAS SOCIALES

Conferencia dada en la noche del 15 de Enero de 1903 por

D. Pablo de Alzola y Minondo

**en el Instituto Bizcaíno ante la Federación de Sociedades Obreras
de Bilbao**

(CONTINUACIÓN)

VI

Congresos obreros en los países latinos

Hay una diferencia notable en las tendencias socialistas de los países anglo-sajones y latinos. Hemos visto el sentido práctico que caracteriza á las federaciones obreras británicas, muy poso preocupadas del farrago de los programas del colectivismo revolucionario, para aprovechar el tiempo en las gestiones conducentes al mejoramiento de la vida económica. En Alemania, á pesar del origen germánico de las teorías de Mars y Lasalle, van encauzando la propaganda, adoptando los moldes ingleses, y los Estados Unidos nos ofrecen un ejemplo asombroso del progreso de la clase obrera sin concesiones de ninguna clase con los principios colectivistas.

En Francia, donde prevalece el parlamentarismo de una república radical, las luchas electorales han promovido la competencia de programas basados en toda clase de exageraciones con el fin de halagar á las masas.

Ha publicado Mr. Leon Blum, en la *Bibliothèque socialiste*, los

extractos de los acuerdos tomados en los Congresos obreros y socialistas franceses, que resultan bastante incoherentes y contradictorios.

El *Programa del partido obrero*, votado en el Congreso de Marsella de 1892, comprende la reducción á ocho horas de la jornada de trabajo; señalamiento del minimo de salarios; la igualdad de jornales para los obreros, ora sean de distintos sexos ó de diferente nacionalidad; instrucción científica y profesional completa; cuidado por la sociedad de los niños y ancianos; gestión por los obreros de los fondos de las sociedades de socorros y de previsión, sin ninguna ingerencia de los patronos; rescisión de todos los contratos en que se haya enajenado la propiedad pública; impuesto progresivo sobre la renta y abolición de las herencias; abolición de las leyes restrictivas de la libertad de la prensa y de reunión; supresión del Presupuesto de cultos, de la Deuda Pública y de los ejércitos permanentes.

Las reivindicaciones locales debían consistir en crear fábricas municipales para distribuir la luz y la fuerza al precio de coste; instalación de carnererías comunales; representaciones teatrales gratuitas; distribución de pan á domicilio; extensión de las cantinas escolares; carácter laico para todos los establecimientos y oficinas de carácter benéfico; creación de una caja para los obreros sin trabajo; hornos económicos á disposición de las clases populares, etc.

Es decir, una serie de medidas utópicas en gran parte, que aun cuando no lleguen á la confiscación de las fábricas, bastarían para aniquilar á Francia que, presa de una revolución suicida, sería fácilmente conquistada por otras naciones, que conservan sus institutos armados y dotadas de cabezas mejor organizadas.

Entraron las divisiones en el campo socialista; pero al ponerse en contacto con la realidad, los Diputados del partido se han visto obligados, á pesar de la presión electoral, á recoger velas. Jules Guesde, aun con ideas exaltadas, no comprendió en su programa la supresión de la Deuda pública, del Ejército y de las herencias. Lafargue, en el Congreso de Roanne, quebrantó el principio fundamental del colectivismo declarando que lejos de privar á los modestos propietarios rurales el pedazo de tierra regado con el sudor de su frente, se les quitarían toda clase de impuestos, y Mr. Vanderralde consiguió en Abril de 1900 en la *Revue socialiste*, «que la herencia directa ó por testamento es necesaria para estimular el trabajo como primer motor social».

La entrada de Millerand en el Gobierno de Valdeck Rousseau, au-

mentó las rivalidades, dividiéndose en dos grupos irreconciliables, capitaneados por Jaures, partidario de la *paz social*, y Guesde de la *lucha de clases*. Se convocó el año 1899 en París el Congreso de los socialistas franceses, consignando en la convocatoria la adhesión previa al «plan de organizar política y económicamente el proletariado en partido de clase para la conquista del Poder y la socialización de los medios de producción y de cambio, ó sea la transformación de la sociedad capitalista en otra colectivista y comunista».

La cuestión batallona de si un socialista puede pertenecer á un Gobierno burgués, originó acaloradas polémicas, venciendo el espíritu intransigente de Guesde por 818 votos, que se pronunciaron en contra, en vez de 636 favorables.

En el Congreso de la Confederación del trabajo celebrado en París, en 1900, se proclamó «la huelga general como medio que en el régimen económico existente asegurará la emancipación de los trabajadores, aunque sin excluir otros procedimientos».

Se votó también el acuerdo «de que no existe ni puede existir el socialismo municipal, porque la transformación de ciertas industrias en servicios comunales *no tiene carácter socialista*, dejando subsistir estas mejoras de detalle, las clases y sus antagonismos». He aquí un recuerdo que demuestra una vez más la diferencia entre los obreros ingleses y franceses; aquéllos muy satisfechos de los progresos del socialismo municipal, y éstos desdeñosos con todo lo que se aparte de sus quimeras.

En el Congreso de Lyon (1901) estalló la ruptura entre el partido unitario y el blanquista, que se retiró de la Cámara, presentando la dimisión diez Diputados.

El delegado de los sindicatos franceses en el Congreso de Stuttgart (1902) tuvo el mal gusto de declarar *Nosotros no tenemos patria*, lo cual debió hacer sonreir á los compatriotas de Bismark, que recorrieron en triunfo el territorio de la vecina república, quedándose con la Alsacia y la Lorena, más 5.000 millones de francos de indemnización que obligaron á recargar las contribuciones é impuestos.

Se ha reunido en Montpellier la confederación general del trabajo para tratar «de derribar la clase capitalista y reemplazarla por la sociedad colectivista», lo cual señala una vez más el contraste con las *Trade Unions* británicas, ricas y poderosas, que se proponen el objeto modesto de hacer cada vez más raros los conflictos entre el capital y el

trabajo, mientras los franceses con la bolsa casi vacía, imitan á nuestro Don Quijote de la Mancha, no midiendo la magnitud de la empresa titánica que tratan de acometer.

No obstante estas exageraciones, ha cundido también en Francia la división entre los posibilistas y los socialistas revolucionarios, pasando por el camino de la evolución, de la crítica negativa á la actitud gubernamental, que no persigue la quimera de los ensueños, sino el verdadero progreso social dentro de las reformas realizables en el régimen existente.

Los Diputados socialistas franceses son resueltamente proteccionistas, habiendo votado recientemente la subida de derechos de importación de los trigos, y han cooperado á la campaña contra el régimen de las admisiones temporales.

Se han presentado además á la Cámara varios proyectos de ley para poner trabas al empleo en Francia de los trabajadores extranjeros.

Imitan en esto la conducta del partido obrero en Australia, donde ha alcanzado la supremacía; se ha prohibido la entrada de operarios, tanto de color como blancos, con inclusión de los ingleses, a quienes se les admite solamente si llegan al país á la ventura, ó sea, sin hallarse contratados de antemano. Todo lo cual, unido al régimen yanki, demuestra el fracaso de las antiguas tendencias cosmopolitas y de libertad de comercio, que sustentara en sus comienzos el partido socialista.

Durante el año pasado (1902), se celebró en Imela (Italia) un Congreso al que concurrieron 1.000 delegados en representación de las agrupaciones obreras urbanas y rurales.

La cuestión capital fué el debate sobre la línea de conducta que debe seguir el partido, tanto en la Cámara de Diputados como en el país. Los jefes están también divididos en reformistas y revolucionarios, capitaneados respectivamente por Jurati y por Costa. Aquéllos apoyan en el Parlamento al Gobierno de Zanardelli y son partidarios en las huelgas de las soluciones conciliadoras, dominando en general las tendencias oportunistas. Ferri, que es de los mas radicales, apeló en uno de sus discursos á este apóstrofe efectista: «Proletarios, uníos á... los burgueses.» Pero los italianos, á pesar de pertenecer a un país meridional, tienen juicio bastante claro para hacerse cargo que no se gobiernan los pueblos con abstracciones, y que la humanidad necesita vivir y satisfacer cada vez mejor sus necesidades cotidianas.

No voy á ocuparme de la reseña de los Congresos socialistas españoles, cuya marcha conocéis y que se halla descrita en el libro publicado recientemente por D. Francisco Mora, con el titulo de *Historia del socialismo obrero español desde su primeras manifestaciones hasta nuestros días*.

De su lectura se deduce, en primer término, la ruptura completa con el partido anarquista, contra el cual ha sostenido luchas rudas el partido obrero.

Rechaza este el antiguo socialismo utópico, mostrándose partidario del que llama científico, producto de la crítica anticapitalista de Marx, que predicó la revolución social y la conquista del Poder político por la clase trabajadora, a fin de transformar en propiedad colectiva los medios de producción y de cambio.

El programa general del partido socialista español, tal como se aprobó en el Congreso de Barcelona, se inserta en el libro mencionado.

Como os he prometido ser sincero en mis apreciaciones os diré, que así como en el terreno de la práctica he dado muestras de una tendencia marcadamente antirrevolucionaria, tanto por su resuelta actitud contra los ácratas, como por la oposición á las huelgas generales, encuentro que el programa escrito que marca los ideales del partido, ha quedado anticuado y fuera de la realidad.

Os he demostrado que ni en América ni en Inglaterra, naciones ambas dotadas de un desarrollo industrial pasmoso, se ocupan las poderosas y ricas organizaciones obreras, sino de las mejoras prácticas de su condición social, sin apelar a programas pomposos de carácter utópico.

Aun los alemanes, que lo inventaron, van abandonándolo como *artículo de exportación*, quedando reservado a los países latinos, siempre soñadores, gastar sus energías con escaso fruto.

Habéis visto que aun en Francia y en Italia han surgido hondas escisiones acerca de puntos fundamentales de los viejos programas, y yo me permito aconsejaros, como lo han hecho Canalejas y otros notables publicistas españoles, que examinéis despacio la evolución que se verifica en todas partes en el socialismo, para encauzarlo por derroteros menos reñidos con la realidad, por entender que varios de los principios de vuestra bandera pertenecen al período de las abstracciones.

(Se continuará)
